

## ARON, LECTOR DE CLAUSEWITZ\*

*Pablo Antonio Anzaldi\*\**

**Resumen:** Este artículo analiza la teoría política de Raymond Aron desarrollada a lo largo de tres décadas, en la cual política, guerra y tecnología se analizan y fundamentan en una rigurosa y original interpretación de los escritos de Clausewitz. Se señala aquí que el Clausewitz de Aron construyó los cimientos de una teoría política integral.

**Abstract:** This paper examines Raymond Aron's political theory, construed along three decades, in which politics, war and technology are analyzed and based in a rigorous and original interpretation of Clausewitz' writings. It points out that Aron's Clausewitz set a rationale for an integral political theory.

Raymond Aron fue uno de los pensadores más consistentes y multifacéticos del siglo XX. Se cuenta entre los pocos o muy pocos que resistieron con natural lucidez el encandilamiento que las tendencias pasajeras ejercieron sobre tantos intelectuales franceses en su tiempo. La presión del ambiente pudo serle útil como acicate para la investigación serena y concluyente, pero nunca fue arrasado por otra marea que la que emergía de su especial talento. Hay en su pensamiento una particular moderación política que resulta de la combinación entre el dominio de la teoría y la fina percepción de las realidades.<sup>1</sup>

Como intérprete, Aron es invariablemente confiable porque dijo o escribió algo siempre valioso sobre muchos de los grandes pensadores políticos de

---

\* El presente artículo está basado en la tesis de Maestría "La teoría de las relaciones Internacionales de Raymond Aron: fundamento y desarrollo" (PUC, 2007).

\*\* Magíster en Ciencia Política (Pontificia Universidad Católica de Chile). Magíster en Defensa Nacional (Escuela de Defensa Nacional). Posgrado en Ciencia Política y Sociología (FLACSO). Candidato a Doctor en Ciencias Políticas (UCA). Correo electrónico: pabloanzaldi@gmail.com

Occidente. La obra de Carl von Clausewitz ha sido objeto privilegiado de la consideración aroniana y su hermenéutica se consagra –en clave racionalista– como la más importante. Las sucesivas aproximaciones a Clausewitz configuran distintos momentos de un pensamiento sobre la historia viviente a escala planetaria.

Nuestra estrategia investigativa interpreta al pensamiento aroniano como un proceso de desarrollo en el que pueden establecerse tres fases o momentos, determinados por tres respectivos modos de conceptualizar la relación entre la política, la guerra y la técnica.<sup>2</sup> Las distintas presentaciones de su trayectoria intelectual aparecen como un progresivo ahondamiento en el “círculo virtuoso” entre la teoría clausewitziana y la realidad política del mundo. El primer momento –los años ‘50– se fundamenta en la tesis de la primacía de la técnica sobre la guerra y de ésta sobre la política. El segundo momento, correspondiente a la publicación de *Paz y guerra entre las naciones*, en 1962, se focaliza en la construcción de una teoría crítica de las Relaciones Internacionales, y expresa una concepción de transición, en la que destaca una fuerte pero provisoria interpretación de Clausewitz. El tercer momento, correspondiente a la publicación de *Pensar la guerra. Clausewitz*, en 1976, despliega la tesis de la primacía de la política sobre la guerra y la técnica, y se fundamenta en una interpretación racionalista del pensamiento del autor alemán.

Este artículo busca explorar la unidad esencial de todos estos momentos en el pensamiento de Aron, y ofrecer un fragmento preliminar para el estudio de lo que Aron escribió sobre Clausewitz. Sugerimos que en *Pensar la guerra* Aron alcanza la más alta comprensión del pensamiento de Clausewitz, pues lo desliga del lenguaje de las Relaciones Internacionales y lo reconstruye afrontando la política, la guerra y la paz como dimensiones existenciales de la historia. De ese modo, Clausewitz recobra esplendor expresivo y potencia analítica para clarificar los procesos contemporáneos.

La meditación sobre Clausewitz nos acerca al movimiento inagotable de la historia porque representa algo más significativo que lo que ofrece el panorama de las teorías generales de las Relaciones Internacionales (Arenal Moyúa, 1994; Hoffmann, 1991). Aron era ajeno a las ilusiones utopistas de la paz y a las ilusiones militaristas de la guerra. Tampoco condescendía

con las posturas afectadas del realismo clásico, como el reduccionismo a los “intereses nacionales” y la “política de poder”. Cuando Hitler decidió la operación Barbarroja, ¿estaba respondiendo al “interés nacional”? Cuando Stalin –después de una depresión ocasional– decidió arrasar los campos para resistir en la profundidad del territorio ruso, ¿respondía a los imperativos de la “política de poder”? Para Aron la política no sólo implica cálculo sino también pasiones, ideales, fines, odios. Si la tendencia a refugiarse en una hipótesis teórica hasta el punto de hacer irreconocible la realidad es un peligro que trató de evitar, no es porque restase importancia a las ideas sino más bien lo contrario: Aron pensaba que la realidad política funcionaba en consonancia con las ideas. Nunca soltó amarras con la historia política, en tanto le proporcionaba los materiales de la realidad; ni circunscribió su meditación a una única tesis fuerte (en rigor una hipótesis), para así captar las ideas que operaban en la realidad.

Aron fue un liberal ilustrado, algo usual en el siglo XIX pero un tanto extraño hoy día. Al poner su simpatía del lado del ideal nos enseña que el ideal debe conciliarse con situaciones históricas, políticas y sociales. La sociedad liberal es profundamente pacifista y rodea a las personas con toda clase de ilusiones, preocupaciones menores y satisfacciones. Aron es un liberal que remueve los espejismos generados en el movimiento espontáneo de la sociedad liberal y presenta una imagen de la vida en la que hombres serios luchan entre sí por fines serios. Pensar sobre la guerra es un esfuerzo penoso que requiere pericia e imaginación, porque es difícil entender por qué los hombres se matan. Aron y Clausewitz nos enseñan a tomarnos en serio la guerra, entre otras cosas, porque para ellos la guerra es una de las posibilidades de la política y ésta es el destino de la vida del hombre sobre la tierra.

## **Los años ‘50 y ‘60**

En *Un siglo de guerra total* (Aron, 1973), publicado originalmente en 1951, la guerra y la política emergen como fenómenos independientes y en

tensión. La guerra es jerárquicamente superior en el orden de determinación del proceso histórico:

Las guerras son esencialmente impronosticables. Pero las guerras del siglo XX lo son mucho más que las del pasado. Las mismas situaciones que preparan una guerra moderna se destruyen al nacer. Es la batalla en y por sí, y no el origen del conflicto o del tratado de paz, lo que constituye el hecho importante y produce las consecuencias de mayor alcance (Aron, 1973: 14).

La guerra invierte la relación de efecto de determinadas condiciones cobrando entidad independiente. La batalla es el factor autónomo en el proceso mismo de la guerra. La tesis de la primacía de la técnica avala la independencia y superioridad de la batalla sobre la política. El mismo Aron escribirá sobre esas páginas, años después, que “el tema de la tecnificación del mundo pertenece tanto a Saint Simon y a Marx como a Spengler y Heidegger. Lo que se discutía inmediatamente después de la guerra y se sigue discutiendo todavía hoy es el porvenir que trae consigo la revolución técnica, el destino que reserva a Occidente” (Aron, 1985:288). Su afirmación de “que la fuerza motriz de la evolución de aquél tiempo era técnica” recapitula la línea de pensamiento que destaca la gravitación de la técnica y su peligro. El ámbito de los medios se mueve por sí mismo, independiente de los orígenes y fines. La guerra es políticamente inmanejable. La “sorpresa técnica” destrozó los límites diplomáticos y las consideraciones políticas, los fines se tornaron ilimitados, la guerra impuso su lógica destructiva a la política, desenvolviéndose como guerra a muerte. La capacidad destructiva de la guerra determinó la pérdida de influencia de los diplomáticos y la disolución de la tradición diplomática de los Estados europeos. La guerra aparece como una realidad autónoma, como “guerra total”, una guerra a ultranza. El dinamismo de la guerra total impone sus propios objetivos, políticamente dislocados. De principio a fin, la dinámica de la guerra total arrastra a los actores hacia la destrucción. La exigencia de rendición incondicional a Alemania en la Primera Guerra Mundial emerge como un epifenómeno de

la guerra total y no como una política seleccionada entre otras posibles (Aron, 1973). La guerra se apoya en la técnica. La técnica es infundada, real por sí misma y arco último que ajusta al conjunto.

En esta primera fase, el pensamiento aroniano describe una sucesión abigarrada de fenómenos empíricos. Se trata, pues, de una fase pre-clausewitziana en relación a la evolución posterior de su pensamiento que resaltaremos en los próximos párrafos.

En 1962 la publicación de *Paz y guerra entre las naciones* (en adelante *Paz y guerra*) marca un hito en la producción teórica aroniana y en la historia de la disciplina de las Relaciones Internacionales. Las fuentes teóricas del voluminoso texto adquieren una dimensión en cierto sentido inabarcable, ya que implican una muy amplia producción teórica, que incluye conceptos y análisis provenientes de varias ciencias humanas. El esfuerzo aroniano de ordenación conceptual se motiva en el objetivo de escribir un libro que adquiera la vigencia de un clásico. Aron recupera la idea según la cual las grandes crisis son aclaradas en los grandes libros, como *La república* de Platón, *La política* de Aristóteles, *El Leviathán* de Hobbes y el *Tratado político* de Spinoza; así como en Locke, Montesquieu y Rousseau, que escribieron en el período comprendido entre la revolución inglesa y la francesa (Aron, 1963:19). Las crisis de la ciudad antigua y de la cristiandad europea, las revoluciones inglesa y francesa, se beneficiaron con grandes intérpretes que se inscriben en la tradición del pensamiento occidental. La evocación de las grandes crisis del pasado y sus filósofos muestra la autoconciencia aroniana de la relación entre la bipolaridad soviético-norteamericana y su propio pensamiento.

La tarea crítica de rescate del pensamiento de Clausewitz se inicia en *Paz y guerra*. Clausewitz proporciona la base sobre la que Aron edifica la teoría. La primera parte del libro denominada “Teoría, conceptos y sistemas” integra conceptos de distintos registros teóricos: una cierta interpretación del pensamiento de Clausewitz, combinada con figuras inspiradas en el conductismo y la teoría de sistemas. Aron construye una síntesis teórica con elementos de diversa procedencia –sometidos a examen crítico– lo que constituye una novedad en la disciplina de las Relaciones Internacionales. A

pesar de la variedad de autores trabajados y perspectivas examinadas, *Paz y guerra* encuentra en Clausewitz el núcleo de la teoría de las Relaciones Internacionales. Pero el pensamiento del autor alemán ha sido desigualmente interpretado. Por ello Aron distingue conceptos fundamentales como guerra absoluta y guerra real, y relaciona la teoría de Clausewitz con una idea de lo político como fenómeno problemático y conflictivo. En función de ello, examina dos fuentes de hostilidad: la posición geopolítica y la diferencia ideológica, que se imbrican en la circunstancia política, particularmente en la enemistad norteamericano-soviética:

Los dos son enemigos –aunque se asemejen– porque la presencia de uno de ellos trae consigo la eliminación del otro (una vez más dejando aparte el caso de los neutrales). Casi no importa saber si los representantes de uno u otro campo hacen la misma cosa (no la hacen); basta con que se persigan unos a otros para que la hostilidad sea inevitable (Aron, 1963:640).

La imposibilidad de la formación de una voluntad general originada en las voluntades particulares de los Estados patentiza la contradicción fundamental entre la Organización de Naciones Unidas y el idealismo wilsoniano que la inspira, por un lado, y los Estados nacionales fundados en el principio de soberanía y decisión sin juez ni ley superior, por otro. En la enemistad norteamericano-soviética, en cambio, la estatalidad se presenta mediatizada por la lucha revolucionaria mundial, impulsada desde los Estados revolucionarios. Aron lleva el razonamiento hasta la hipótesis de construcción de una federación planetaria que deje atrás la era de la estatalidad, y organice a la Humanidad entera bajo una única institucionalidad. En una situación imaginaria de ese tipo –cuyas condiciones de posibilidad son tan difíciles que dependen del azar– postula la continuidad de la lógica de la enemistad:

¿Puede concebirse una sociedad humana sin enemigos? (...) no es equivocado decir que el orden político es inseparable de las hostilidades (...) por debajo de un Estado planetario, los grupos no vivirían en paz si, como las conciencias según Hegel, cada uno quiere la muerte del otro (Aron, 1963: 877).

La tesis de la conflictividad esencial de lo político recuerda al ascenso de la experiencia de la conciencia desde la certeza sensible hasta el saber absoluto en la *Fenomenología del espíritu*, el esplendente libro de Hegel que Aron estudió en el seminario de Alexandre Kojève. (Por otra parte, Aron presenta una proximidad evidente con la distinción de lo político como amigo-enemigo que expuso Carl Schmitt con diversos fundamentos: antropológico (Schmitt, 1984), jurídico internacionalista (Schmitt, 1979) y teológico (Schmitt, 1985). No hay espacio aquí para ahondar en esta proximidad). Sin embargo, la impronta racional de Aron lo mantuvo apartado de toda escatología, ateniéndose más bien a la prudencia como conocimiento de la circunstancia política.

## **La reconstrucción del pensamiento de Clausewitz**

¿Cuándo leyó Aron por primera vez a Clausewitz? Las respuestas aportadas por Aron son contradictorias:

Leí por primera vez la obra maestra de Clausewitz hace unos veinte años, hacia 1955, cuando se publicó la traducción francesa de la señora Naville, en tanto reflexionaba sobre las consecuencias politicoestratégicas de los armamentos nucleares. En la era atómica, la subordinación de los jefes militares a los jefes del Estado o del gobierno adquieren un carácter de evidencia y necesidad (Aron, 1989:4).

Esa primera lectura es cuatro años posterior a la publicación de *Un siglo de guerra total* en 1951, afirmación que se contradice con el comentario que el mismo Aron hiciera en otra oportunidad, respecto de su colaboración en la revista de asuntos bélicos *Combate* de la *Francia Libre*, editada desde Inglaterra durante la Segunda Guerra:

Era la segunda vez que entraba en contacto, esta vez por su intermedio, con el pensamiento de Clausewitz. La primera vez fue durante mi permanencia en Alemania antes de la guerra (Aron, 1984:74).

Como nuestro trabajo no es biográfico, sino teórico político, las diferencias en los relatos revisten una importancia anecdótica. En cualquier caso el pasaje de la construcción teórica de *Un siglo... a Paz y guerra*, y de ésta a *Pensar la guerra*, constituye un camino de esclarecimiento y asimilación de la teoría clausewitziana. Si bien Aron aborda en las dos últimas el problema teórico e histórico de la política y la guerra, sugerimos que la teoría de la política mundial puede buscarse más provechosamente en *Pensar la guerra* que en *Paz y guerra*, pues el núcleo teórico clausewitziano de la primera alcanza una coherencia y altura sorprendentes, y despeja la extensión multidisciplinaria de la segunda.

Una de las diferencias fundamentales entre ambas obras se manifiesta en el pasaje de una concepción instrumental de la guerra a una concepción política existencial, la totalidad política, que es el esquema superior que encuadra la condición instrumental y construye conocimiento mediante síntesis conceptuales. En *Paz y guerra*, la paz y la guerra se presentan como funciones del diplomático y del soldado, lo que remite a la concepción weberiana del político como profesión (Weber, 1997: 1062-1106) y también al conductismo. En *Pensar la guerra*, en cambio, Aron reconstruye el pensamiento de Clausewitz en *De la guerra* como teoría dialéctica concreta de la política, y devuelve la imagen de un pensador radicalmente distinto al que Liddell Hart llamó el “Mahdi de las masas” (1933:119).

## **El concepto de totalidad política**

Aron nos recuerda que Clausewitz no concluyó el Tratado, como llama al libro *De la guerra (Vom Kriege)* que el autor alemán tenía en preparación (Aron, 1989:75-6).<sup>3</sup> Comenzado en 1816, debía revisarse a partir de la *Nota final* y la *Advertencia* de 1827 y modificarse en su conjunto, si bien sólo el capítulo primero del libro primero puede considerarse terminado. Al no haberla completado Clausewitz, la revisión es una cuestión abierta y conjetural. Por cierto, las variaciones bosquejadas y el capítulo mencionado despliegan herramientas, principios y conceptos para la reinter-

pretación y comprensión mediante una lectura activa, tan imperiosa como difícil.

Aron se embarca en dicha tarea y emancipa a la obra de las condiciones técnico-militares de la época que abundan en las partes tácticas y operacionales. En este sentido, rescata el concepto de totalidad política como uno de los núcleos teóricos fuertes del libro. La interpretación aroniana es un análisis y reconstrucción expositiva del pensamiento de Clausewitz sobre la política como totalidad moviente por la tensión dialéctica entre paz y guerra.

Aron encuentra dos sentidos del término política en Clausewitz: *politics* o situación política, y *policy* o línea política/plan político del jefe de Estado (inteligencia del Estado personificado). La guerra es parte del intercambio político en el primer sentido. La política, como situación o acción, puede ser una de paz o guerra. Así:

Clausewitz pasa del condicionamiento de la guerra por la política a la idea decisiva de la acción política por las armas, punto de vista superior que funda la unidad del concepto de guerra pese a la diversidad de guerras y la dualidad de las especies. No es la concepción inicial de la guerra absoluta lo que permite subsumir en un solo concepto la diversidad histórica de las guerras sino la naturaleza intrínsecamente política de la acción bélica. Ya el Mariscal de Sajonia evite a menudo la batalla o Napoleón la busque siempre, la guerra sigue siendo guerra porque, en uno y otro caso, los Estados actúan políticamente por la violencia, sean cuales fueren las modalidades de esta última (Aron, 1989:105).

La unidad de composición extrínseca de las profesiones en la que el diplomático es agente de negociación y el soldado agente de guerra es relevada en *Pensar la guerra* por una totalidad orgánico-estructural concreta, la totalidad política, en la que la paz y la guerra aparecen como posibilidades y situaciones de la que emergen los instrumentos. La interpretación de Aron descubre en Clausewitz una teoría de la política integral, que anticipa y crea las condiciones para el desarrollo que cobraría en el Siglo XX en autores como Carl Schmitt y el mismo Aron:

Ya no se trata de oponer las guerras donde interviene mucho la política a aquéllas que no parecen politizadas. Se trata de reconocer dos proposiciones fundamentales: las guerras moderadas a la manera dieciochesca o las guerras de estilo napoleónico son igualmente políticas; unas y otras expresan, en su diversidad, la diversidad del comercio entre los Estados según las épocas. Las guerras a muerte, de estilo napoleónico, parecen pura guerra, mientras que las del Rococó son ante todo políticas. Pero unas no son menos políticas que otras (Aron, 1987:333).

La guerra y la paz son posibilidades fundamentales de la política. Este descubrimiento aroniano está decisivamente determinado por Clausewitz, para quien “en su punto de vista más elevado, el arte de la guerra se transforma en política, pero, por supuesto, en una política que libra batallas en lugar de escribir notas diplomáticas” (Clausewitz, 1960: 568). Punto de vista más elevado, el de la totalidad que Aron rescata al afirmar que “la política se vale de cañones o de notas; recurre a la violencia tanto como a la palabra” (1989:333). En correspondencia con ello, la representación de la totalidad implica que la política posee prioridad ontológica y formal sobre las funciones del diplomático y del soldado.

El jefe político-estatal es la inteligencia del Estado personificado: opera sobre la totalidad política, en la paz y en la guerra. El jefe militar también es político, pero concentra su actividad en una parte de la política, la que intercambia disparos. Como la parte al todo, el jefe militar se subordina al jefe político. La distinción de niveles en la totalidad política permite ordenar las definiciones: la política es la inteligencia del Estado personificado, la estrategia es la combinación y explotación del resultado de las batallas, y la táctica es la conducción de la fuerza militar en la batalla. En caso de reunirse las capacidades diplomáticas y militares en una única persona, sea civil o militar, será, objetivamente, política.

La comunidad de pensamiento de Clausewitz y Aron resulta ostensible:

La identidad de naturaleza entre el acto bélico y el acto político plantea dos proposiciones mayores: la política-objeto determina la guerra y los caracteres

que ella presenta; la política-sujeto la conduce con miras a los fines que sugiere o impone la política-objeto; el instrumento militar, como cualquier otro instrumento, debe ser manipulado de acuerdo con su naturaleza y sus leyes, pero el instrumento se somete a la voluntad de quien lo manipula. El acto de fuerza sigue siendo intrínsecamente un acto político, un elemento de la dialéctica de las voluntades enfrentadas (Aron, 1987:178).

## **El sistema conceptual**

Para Aron, Clausewitz plantea la relación entre teoría y práctica, en tanto “análisis abstracto y observación, filosofía y experiencia, no deben despreciarse ni excluirse recíprocamente: cada término es garantía del otro” (1989:74). Clausewitz se aproxima al dualismo filosófico kantiano, aunque las dificultades de preservar la tensión entre los esquemas trascendentales y los fenómenos de la experiencia lo inclinan hacia ésta, en sentido inverso a la precipitación idealista de la filosofía alemana post-kantiana:

El autor jamás se apartó de las exigencias del rigor filosófico, pero cuando el hilo de éste último se volvió demasiado delgado, el autor prefirió romperlo y atenerse a los fenómenos correspondientes de la experiencia (1989:74).

Manejando la teoría y preservando la referencia empírica, Aron reconstruye el sistema conceptual del autor alemán y constata que las definiciones de la guerra parecen divergentes, ya que:

(...) una definición de la guerra en dos términos, ‘la guerra es un acto de violencia destinado a constreñir al adversario a ejecutar nuestra voluntad’ (I,1,2) a una definición en tres términos: ‘Extraña trinidad compuesta por la violencia original de su elemento, que es necesario considerar como una pulsión natural ciega, por el juego de la probabilidad y el azar, que la transforma en una libre actividad del alma, y por la naturaleza subordinada de un instrumento político, mediante el cual retorna al puro entendimiento’

(i, 1, 28). En cada una de estas etapas del camino que conduce de la definición original a la definición trinitaria, nuevos conceptos clave enriquecen el análisis” (Op. Cit., p.82).

En el punto de partida, Aron explica la diferencia entre la definición monista y la trinitaria, dilucidando los conceptos de guerra absoluta y guerra real. En el pasaje de uno a otro se desplegará un “sistema conceptual” cuya comprensión es la clave de acceso a la teoría clausewitziana y, en sentido contrario, su desconocimiento es la fuente de los malentendidos. El pasaje de lo más simple y abstracto a lo más concreto y rico en determinaciones mediante adiciones y variaciones es un modo filosófico que Aron denomina “método de la modificación”. En función de esto, señala que:

(...) las proposiciones verdaderas en esta etapa inicial del análisis, en el nivel conceptual, no tienen validez definitiva. Se aplican a la guerra en sí, aislada de sus orígenes y sus fines, no a la guerra real, pero Clausewitz quiere demostrar precisamente que no se puede ni se debe separar una guerra real de sus orígenes y fines (Aron, 1989: 83).

En su breve introducción Clausewitz explica el pasaje de los conceptos puros (“simples”) a los conceptos sintéticos (“complejos”), en los que articula el juego de la diferencia entre los conceptos de guerra absoluta y guerra real:

Nos proponemos considerar, en primer lugar, los diversos elementos de nuestro tema; luego sus distintas partes o divisiones y finalmente el todo en su última conexión. Procederemos, de este modo, de lo simple a lo complejo. Pero en esta cuestión, más que en alguna otra, es necesario comenzar por referirse a la naturaleza del todo, ya que en esto la parte y el todo deben ser considerados simultáneamente (Clausewitz, 1960:9).

El primer momento establece la analogía entre la guerra y el duelo. Aron se detiene en la frase que afirma que “no hay violencia moral fuera del concepto del Estado y de la ley”. Subraya tres conceptos en la definición

monista: violencia, objetivo y fin. Para Clausewitz, la violencia moral sólo es concebible en el interior de los Estados y bajo la ley. Fuera de ellos, el derecho y los usos aparecen como “restricciones insignificantes” (1960:14). Entre duelistas la violencia es excluyentemente física y no puede haber violencia moral, pues ésta sólo es concebible dentro del Estado y bajo la Ley. La concepción clausewitziana supone la natural inocencia (no puede haber violencia moral sino únicamente física) del estado de naturaleza y del estado de guerra, con lo que se inscribe en el interior de la huella hobbesiana. En particular, la inocencia del estado de naturaleza en la política entre los Estados legitima a la guerra. Sin embargo, esa posición no lo hace especialmente belicista, ni partidario de una eclosión indiscriminada de acciones armadas. Por el contrario, la legitimidad de la guerra en Clausewitz requiere la consideración del supuesto de la estatalidad de los contendientes y de la particular situación histórico espiritual de los siglos XVIII y XIX, en la que la guerra justa es aquella en la que intervienen enemigos justos, esto es, Estados soberanos (Schmitt, 1979: 174-201). Por ello, para ser recatadamente apreciada, la definición del duelo debe ser mediatizada con la comprensión del conjunto del libro de Clausewitz y respecto de la totalidad histórico espiritual. Aron ubica las citas en su encadenamiento sistemático:

Las proposiciones verdaderas en esta etapa inicial del análisis, en el nivel conceptual, no tienen validez definitiva. Se aplican a la guerra en sí, aislada de sus orígenes y sus fines, no a la guerra real, pero Clausewitz quiere demostrar precisamente que no se puede ni se debe separar una guerra real de sus orígenes y sus fines. ¿Por qué la guerra, según esta consideración abstracta, conduce necesariamente a los extremos? ¿Por qué este ascenso deriva de la lógica, o la esencia, del duelo o la lucha? Su razón última es la acción recíproca de las fuerzas y las voluntades enfrentadas, cada cual intentando imponer su ley a otra (Aron, 1989:83).

Esta acción recíproca presenta tres aspectos: intención hostil, fuerza moral, y fuerza física (medios). El choque de los duelistas conduce a un ascenso a los extremos en el que la magnitud de las fuerzas está recíprocamente

determinada en un proceso creciente, que termina con el abatimiento de uno de los contendientes y la victoria del otro. El duelo como tipo ideal es el punto de partida que se superará en el ascenso hacia formas más concretas:

Esta primera etapa del análisis nos sugiere una serie de parejas conceptuales: objetivo militar y fin político, intención hostil y sentimiento de hostilidad, entendimiento y sensibilidad, medios materiales y fuerza moral, ascenso a los extremos. En definitiva, y sobre todo, ninguna de las fórmulas que figuran en los cinco primeros párrafos se aplica a las guerras reales, se aplican todas a la guerra según el concepto o la filosofía, al acto de violencia aislado del medio social que lo condiciona y del fin que cada actor quiere alcanzar, en otros términos aislado de la política en los dos sentidos de la palabra, *politics* y *policy* (*Ibid.*).

Como muestra Aron, las dificultades de comprensión de la trama filosófica de *De la guerra* determina los errores interpretativos, tanto en simpatizantes como en detractores. Los casos emblemáticos del conde Schlieffen y de Ludendorff, por el lado de los adherentes, y de Liddell Hart, por el de los detractores, conciben el concepto de guerra absoluta como imperativo categórico y reflejo de la guerra real. Aron reflexiona si Schlieffen fue a Clausewitz lo que Lenin a Marx: “brillante jefe, mediocre intérprete” (1989:29).

El Tratado de Clausewitz, acorde al modo idealista alemán, no pasó la prueba de la interpretación de los jefes militares de una época positivista e ideologizada. Clausewitz aclara la cuestión desde el inicio:

Hay que reconocer que el espíritu humano difícilmente se sometería a esta ensoñación lógica. De ello resultaría a menudo un inútil despilfarro de fuerzas que necesariamente encontraría un contrapeso en otros principios del arte de gobernar; se requeriría una tensión de la voluntad que no estuviera en equilibrio con el fin fijado, y que en consecuencia no podría ser provocada, pues la voluntad humana jamás extrae su fuerza de sutilezas lógicas (Clausewitz, 1960:13).

La primacía del arte de la conducción política adecua la relación entre concepto absoluto y situación real, y resguarda la proporción entre medios y fines. Aron establece la puntuación de su hermenéutica deteniéndose particularmente en esa frase aclaratoria, que pasó desapercibida a tantas generaciones de lectores:

Nunca se insistirá demasiado sobre este texto, el único donde Clausewitz, de manera irrecusable, explícita, previene contra una interpretación falsa de sus conceptos o su método: lejos de que la guerra absoluta sea un ideal al cual conviene acercarse, el arte político ordena mantener el equilibrio entre los intereses en juego y los esfuerzos que insumen. La necesidad abstracta del ascenso a los extremos no constituye en ningún momento un imperativo praxeológico. Cuando se consideran las guerras reales, la posibilidad de descenso determina y debe determinar la conducción tanto como la necesidad abstracta del ascenso (Aron, 1989:85).

La guerra absoluta es el concepto abstracto. La introducción de las determinaciones concretas constituye un paso hacia su expresión definitiva. El pasaje de lo absoluto como elemento lógico hacia lo real como reunión de las múltiples determinaciones en el concepto de lo concreto, patentiza la politicidad constitutiva de la guerra:

La segunda etapa del camino que conduce de la definición monista a la definición trinitaria comienza con la confrontación del concepto (o la definición abstracta) con la realidad, según el método denominado de modificación (...) Los luchadores ahora encarnados en Estados poseen un territorio, recursos, aliados. La guerra se desarrolla a través del espacio, lleva tiempo, no surge como un relámpago, se inserta en el curso de las relaciones interestatales (Aron, 1989:85).

El ascenso a los extremos es la tendencia intrínseca del concepto lógico de guerra absoluta. Aron entiende que este concepto se asemeja con la guerra de la primera especie, y se diferencia de la denominada segunda especie de

guerra, pues ésta desemboca en la paz negociada y la observación armada. La confusión entre guerra absoluta y primera especie de guerra introduce una dificultad adicional al pensamiento de Clausewitz, entre la tesis de la guerra absoluta como formalidad intelectual y la identificación de la misma con la primera especie de guerra. Aron apunta que la guerra absoluta no es una directiva para la acción, sino una herramienta formal que encuentra una especie que la reproduce rara vez y otra que la modifica habitualmente.

En el desdoblamiento entre el dinamismo de la definición abstracta y el de la definición concreta, Aron transcribe el siguiente párrafo de Clausewitz:

Estas dos especies de guerra son, por una parte, aquélla donde el fin es abatir al enemigo, ya quiérase aniquilarlo políticamente o quiérase desarmarlo, y por lo tanto constreñirlo a cualquier clase de paz; y, por otra parte, aquélla donde sólo se quieren efectuar algunas conquistas en las fronteras del propio imperio, ya quiérase conservarlas o hacerlas valer como moneda de cambio útil en el momento de la paz. Las formas intermedias entre una especie y otra deben subsistir, pero la naturaleza enteramente diferente de ambas empresas debe penetrar por doquier y separar lo inconciliable” (Clausewitz, 1960: 76).

Esta segunda etapa desarrolla las oposiciones en un sentido concreto y patentiza los problemas políticos y estratégicos que Clausewitz descubre en toda guerra. El pasaje de lo abstracto a lo concreto es un progreso en la elaboración de síntesis a partir de la incorporación de dimensiones empíricas en el movimiento dialéctico entre el punto de partida, el duelo, y el punto de llegada, la totalidad política. El desplazamiento en el sistema conceptual de lo absoluto hacia lo real implica, al mismo tiempo, un movimiento desde el plano universal hacia un entramado de conceptos adecuados para el análisis de la realidad particular. Paso a paso, la dinámica interna del pensamiento de Clausewitz se perfila como herramienta de análisis cada vez más precisa y mejorada:

La segunda etapa, según el método de la modificación, va de la abstracción a la realidad, de lo cual resultan los conceptos o temas siguientes: guerra

absoluta y guerra real, relación entre fin político y objetivo militar, tendencia a la proporcionalidad entre la magnitud del primero y la importancia del segundo, modificación de dicha proporcionalidad por las tensiones o las pasiones, leyes de probabilidad, desarrollo de la guerra en el espacio y el tiempo (Aron, 1989:85).

La guerra entrelaza las tensiones entre fin político y objetivo militar, y se desarrolla inmersa en el juego de las pasiones y sujeta a la intervención intempestiva de la fortuna. La fuerte influencia que Maquiavelo ejerció en la formación intelectual de Clausewitz, subrayada enérgicamente por Aron, se integra en la síntesis de lo real concreto como modo teórico de pensar la guerra, consumando una suerte de “revolución teórica” en relación al empirismo de Jomini y al dogmatismo racionalista de Von Bullow. No hay recetario ni fórmulas para triunfar en la guerra, ya que el movimiento de las intenciones, sentimientos, fuerzas y azares que intervienen colocan al jefe político y militar en la situación de hacer un esfuerzo superior al de Newton (Clausewitz, 1960:545).

En un paso por ordenar el dinamismo de las guerras concretas y combinar adecuadamente la relación entre orden y desorden, Aron descubre que la lógica subyacente de *Vom Kriege* se desenvuelve con una particular dialéctica, que Aron denomina dialéctica de la polaridad. Como esquema trascendental de abordaje de las guerras concretas, la dialéctica de la polaridad posibilita comprender el fundamento de la guerra de la segunda especie, el descenso hacia la observación armada y la paz negociada:

Esta tercera etapa aporta, pues, el concepto de polaridad, la asimetría del ataque y la defensa, la oposición entre lo intelectual y lo afectivo, entre el entendimiento y las cualidades morales. Estas últimas no se oponen solamente a las fuerzas materiales, se oponen a las abstracciones de la teoría pura y a los cálculos del entendimiento (Aron, 1989:85).

Finalmente, Aron encuentra en la cuarta etapa expositiva un último paso en el tránsito hacia la guerra real como totalidad concreta, que reúne

en un nuevo plano las ideas anticipadas en el plano abstracto en el que se presenta la guerra absoluta. La situación política enfrenta Estados que persiguen fines contrapuestos. La primacía de los fines expresa la racionalidad de la política entre los pueblos civilizados. De la racionalidad de la política se deriva la racionalidad de la guerra, que la prolonga y continúa. La totalidad de la política como unidad de las posibilidades de la paz y la guerra sobre-determina la función instrumental y el dominio de las intenciones hostiles sobre los sentimientos hostiles:

Retomando la idea ya utilizada una primera vez: la política. Los dos sentidos de la política se distinguen claramente: la guerra entre pueblos civilizados surge de una situación política y es provocada por un motivo político. El fin político constituye, pues, la consideración suprema en la conducción de la guerra (Aron, 1989:87).

Esta cuarta y última etapa reasume los elementos expuestos en las etapas previas, subordinándolos a la primacía de la política. El concepto de polaridad sistematiza la relación entre las fuerzas materiales y morales, el ataque y la defensa, lo intelectual y lo afectivo, que encuentran orden y sentido a partir de la función determinante de la política, considerada como inteligencia del Estado personificado y conocimiento amplio de la situación (Clausewitz, 1960:25).

La reconstrucción del sistema conceptual clausewitziano posibilita entender por qué a pesar de lo inconcluso, *Vom Kriege* es una extraordinaria obra retórica, que puede organizarse desde ciertas claves hermenéuticas desplegadas en el libro primero y en la *Advertencia de 1827*. El interés que ha preservado *Vom Kriege* a través de los años se corresponde con sus numerosas cualidades, con el despliegue de conceptos llenos de sentido y con las dificultades de interpretación de una obra que se percibe excepcional. Entre sus pliegues coexiste una interpretación instrumental de la guerra en función de una teoría de la política en tanto inteligencia del Estado personificado, y una morfología de la política como totalidad existencial histórico concreta.

En efecto, para expresar la dimensión interna de las guerras reales, Clausewitz crea la notable categoría de “extraña trinidad” (*wunderliche Dreifaltigkeit*). De cuño romántico y reminiscencias teológicas la extraña trinidad no es un concepto abstracto, construido para superarse a medida que avanza en los niveles de concreción. Por el contrario, es un predicado de lo real, que representa a la guerra real en tanto posibilidad estructural de la política:

(...) la definición trinitaria aporta, no obstante, una novedad decisiva: sólo ella vale para las guerras reales y ella vale para todas las guerras reales. Aléjense más o menos de la guerra absoluta, las guerras no son menos guerras desde el momento en que nos remitimos a la definición trinitaria, que sirve de fundamento tanto a la teoría como a la historia y la doctrina (Aron, 1989:88).

El tránsito de una especie a otra, en principio determinado por el cambio en las relaciones entre fin político y objetivo militar, transforma la fisonomía de la guerra. El pensamiento dialéctico de Clausewitz se anuda en la constatación de la “guerra como camaleón”: sigue siendo tal, pero cambia de color. La guerra como camaleón remite a la historicidad y complejidad de las guerras, ya que “la guerra es un camaleón en los dos sentidos del término, la guerra es otra de coyuntura en coyuntura, compleja en cada coyuntura” (Aron, 1987: 40).

El primer aspecto, la confluencia del odio (*Hass*), la enemistad (*Feindschaft*) y la violencia primitiva de su esencia (*ursprüngliche Gewaltsamkeit*) como ciego impulso natural (*blinder Naturtrieb*), se corresponde con el pueblo (*Volk*). El segundo aspecto está constituido por notas más elevadas: el juego del azar y las probabilidades que remiten al talento y valor de la actividad libre del alma, correspondiente al jefe militar y su ejército. La diferencia con la escuela de base geométrica se manifiesta en la apreciación de las operaciones militares como un verdadero arte, y del jefe militar como artista. La teoría del genio militar expuesta en el capítulo tercero del Libro primero desarrolla la teoría del genio de origen kantiano, que concibe la creación artística como fenómeno superior e independiente de las reglas del arte. En el tercer aspecto,

finalmente, la guerra es un instrumento político e implica el dominio del entendimiento del gobernante político.

La metamorfosis de la guerra es un movimiento estructuralmente determinado por la primacía de uno u otro de los componentes de la trinidad, no es un devenir caótico. La organización y gravitación relativa de cada aspecto determina la especie de la guerra.

La unidad de los tres momentos sintetiza los momentos instrumental y existencial, y configura una peculiar razón dialéctica cuya diversa modalidad concreta de articulación en cada caso determinan la especie de guerra:

Ya que todas las guerras reales comportan, aunque en proporciones diferentes, los tres elementos –pasión del pueblo, libre actividad del alma del jefe militar, entendimiento político y dirección de la guerra por el Estado–, ¿por qué no buscar las causas de la guerra que asciende a los extremos, así como las causas de las guerras que descienden hasta la observación armada? (Aron, 1989:107).

La extraña trinidad de la guerra posibilita captar la particular combinación histórico-concreta que aproxima o aleja a una guerra real del concepto absoluto de guerra. “Las guerras que se aproximan a la perfección no son más ni menos políticas que las otras: la política misma determina su carácter absoluto” (Aron, 1987:91). La trinidad se presenta existencialmente en la guerra:

La definición trinitaria aporta, no obstante, una novedad decisiva: sólo ella vale para las guerras reales y ella vale para todas las guerras reales. Aléjense más o menos de la guerra absoluta, las guerras no son menos guerras desde el momento en que nos remitimos a la definición trinitaria, que sirve de fundamento tanto a la teoría como a la historia y la doctrina (Aron, 1989: 88).<sup>4</sup>

## **Sobre el método de Clausewitz**

En un horizonte alejado en el tiempo de la relación entre el idealismo alemán, el romanticismo y las ciencias naturales, el desmontaje de la gravitante

herencia positivista en la construcción del discurso científico puede aproximarnos a la comprensión del vocabulario científico de Alemania a comienzos del siglo XIX. Como hemos visto, Aron denomina “método de la modificación” al movimiento que ensambla los conceptos de guerra absoluta, guerra real y dos especies de guerra.

Los autores post-marxistas vincularon el método de Clausewitz con Kant y con Hegel (Lenin, 1979). En el libro primero de *Pensar la guerra*, Aron dice que no pone en duda “que el pensamiento o el método de Clausewitz es en alguna medida dialéctico. Queda por saber en qué sentido” (1987:272). Aron constata en *Vom Kriege* la polaridad de conceptos: guerra absoluta-guerra real, fuerzas morales-fuerzas materiales, ataque-defensa, medios-fines, etc. Hay por lo tanto un método dialéctico, entendiendo por tal una concepción amplia de manejo de las oposiciones. No obstante, la tesis de la influencia hegeliana sobre Clausewitz parece discutible:

¿En qué se basa la tesis del hegelianismo de Clausewitz? En un primer hecho, irrecusable; comandaba la Escuela General de Guerra en Berlín mientras Hegel enseñaba en la Universidad y reinaba allí sin rival. En un segundo hecho, también irrecusable: el método clausewitziano puede ser llamado dialéctico. Queda por saber si este método debe algo a la filosofía hegeliana (Aron, 1989:274).

La proximidad física e institucional entre Hegel y Clausewitz en el Estado prusiano<sup>5</sup> no le parece a Aron un elemento de prueba suficiente para acreditar influencia intelectual (Aron, 1987:275). Por el contrario, Aron despeja las coincidencias fortuitas y se concentra en la analítica teórica:

La esencia de la dialéctica histórica de Hegel, la síntesis que supera las contradicciones en el tiempo y otorga un sentido racional al devenir no aparece en ningún momento en el Tratado. No puede aparecer: en la medida en que se atisba una filosofía clausewitziana de la historia, pertenece a la posteridad de Maquiavelo; la política sólo edifica obras perecederas, carcomidas por el tiempo, que dejarán indiferentes a nuestros bisnietos... ¿Se dirá que a falta

de una dialéctica histórica la dialéctica conceptual de Clausewitz sí se aproxima a la de Hegel? También aquí se impone una respuesta negativa... Antes que buscar reminiscencias hegelianas, más valdría evocar la polaridad de la electricidad positiva y la electricidad negativa (1989: 275-276).

La interpretación aroniana distingue la identidad fundamental de la semejanza formal, ya que una dialéctica que se asemeja a la electricidad remite a la época en general más que a la filosofía hegeliana en particular. Pero la generalidad de la época no excluye las necesarias precisiones. La común utilización de un método que emplea conceptos puros progresivamente sustituidos por conceptos reales no parece suficiente para establecer una influencia. El problema se resuelve en el planteamiento de la relación entre los conceptos y la realidad:

Esta relación, que hemos estudiado en diversas ocasiones (...) se presta quizás a interpretaciones diversas. Lo que en cambio no se presta a ninguna duda es que la dualidad de las nociones y la realidad vivida no desemboca jamás en el concepto hegeliano, en el universal concreto (1989: 277).

El universal concreto hegeliano invierte la concepción más extendida de lo universal como abstracto y lo particular como concreto. Para Hegel, lo universal puede ser abstracto o concreto. Lo universal abstracto implica un movimiento de negación de lo universal por lo particular y éste a su vez puede invertirse, negándose esta primera negación, y obteniéndose un universal concreto, que representa la “totalidad del concepto”. Lejos de estar vacía y ser pobre en determinaciones, es absolutamente rica en contenido, siendo lo universal abstracto un momento aislado e imperfecto del concepto que es, así, universal concreto. El paralelismo entre guerra absoluta (universal abstracto) y guerra real/ extraña trinidad (universal concreto) presenta una semejanza formal que no anula la diferencia sustantiva:

El concepto puro de la guerra excluye en cuanto tal todo principio de moderación, no conduce por sí mismo al segundo momento. El análisis conceptual

no revela, en el primer momento, la presencia de un segundo que niegue el precedente. La diferencia entre el modelo de la lucha entre dos hombres y el de la guerra entre dos Estados es la que introduce múltiples modificaciones y permite concebir el descenso a la observación armada (Aron, 1989: 276).

El pasaje del concepto de guerra absoluta al de guerra real y extraña trinidad está determinado por la modificación y agregación de variables. Para Aron, despliega una operación de sustitución y adición más que una negación de la negación. Poco dado a enunciaciones apresuradas, y refractario a las primeras impresiones, Aron descarta la influencia hegeliana y entiende que, en relación a Kant, la concordancia parece más verosímil:

Si se quiere encontrar un origen filosófico a la extraña trinidad del primer capítulo, yo pensaría más bien en la tabla kantiana de las categorías (1989: 277).

La extraña trinidad resuena a la tabla de las categorías,<sup>6</sup> que agrupa las doce posibilidades que tiene un juicio para que el fenómeno (lo que se muestra) sea pensable como objeto (Kant, 1995). Refiere, por lo tanto, a la objetualidad del objeto, a las condiciones de posibilidad del objeto en tanto tal. En cambio, la síntesis entre objetividad y fenómeno empírico depende del esquematismo trascendental, que brota de la obscuridad de la imaginación trascendental.

La filosofía crítica kantiana plantea el conocimiento como construcción de la unidad de los niveles puro (intuiciones puras espacio y tiempo; categorías; juicio, esquemas trascendentales) y empírico, fenómenos sensibles que impresionan la receptividad de los sentidos. El dualismo kantiano resulta, pues, de la operación de enlace mediante la imaginación trascendental de los niveles puro y empírico.

La articulación entre guerra abstracta, dos especies de guerra y extraña trinidad parece otorgar objetividad empírica a la objetividad trascendental de las categorías de cantidad, respectivamente: unidad, pluralidad y totalidad. Aron sostiene que el método de modificación implica una particular dialéctica en la que no hay negatividad sino polaridad. “Si hay que elegir entre la

influencia de Kant o la de Hegel, nadie debería titubear: la de Kant es más verosímil que la de Hegel” (1989: 278), aunque se trate de semejanzas formales más que estructurales (1989: 281).

Aron también considera la posible influencia de Montesquieu, y explora una serie de tentativas que abonan esa hipótesis: la propia manifestación de Clausewitz en la *Primera Nota* donde afirma que El *Espíritu de las leyes* le sirvió “vagamente” de modelo al escribir capítulos cortos y “mal eslabonados”. La coincidencia en el uso del término naturaleza, o bien como esencia o bien como “caracteres intrínsecos de una cosa”: ambos usos están en el soporte de la guerra absoluta, como guerra según su naturaleza; y en el de guerras reales, cada una de acuerdo a su propia naturaleza.

Finalmente, Aron sugiere que a Clausewitz “para comprenderlo, el intérprete debe situarlo donde le corresponde, entre los que Meinecke revistó en su libro *Die Entstehung des Historismus*, y no ver en él un lector de Kant y Hegel” (1989:282).

La tradición historicista alemana ha desplegado un proceso de investigación, desentrañamiento y ordenación del sentido de la historia en el que convergen progresivamente la filosofía de la historia y la historia de la filosofía. Clausewitz puede inscribirse en esa saga en tanto el orden conceptual encuadra al desorden real, abriendo espacios novedosos de análisis y suscitando nuevas intelecciones y exploraciones.

## **Teoría política a la altura planetaria**

En el libro segundo de *Pensar la guerra*, Aron extracta ciertas tesis centrales de Clausewitz para el análisis de la situación histórica del siglo XX. El punto de partida es el examen de las armas nucleares, cuya capacidad destructiva amenaza la existencia de toda la especie humana y pone en duda la naturaleza política de la guerra que las utilice. Aron no desconoce la semejanza entre guerra absoluta, primera especie de guerra y uso de armas nucleares. Por el contrario, introduce la cuestión de las armas nucleares en el interior del esquema clausewitziano de transición de una especie de guerra a otra:

La destrucción de Hiroshima y Nagasaki por bombas atómicas indica la culminación del ascenso, la aplicación bárbara del principio de aniquilación interpretado en sentido material. Esos mismos acontecimientos parecen constituir retrospectivamente el origen de un movimiento en sentido contrario. Del exceso del potencial destructivo renace el espíritu de moderación. La amenaza sustituye a la acción; la disuasión, a la decisión (Op.Cit.: 105).

El arma atómica, en lugar de despertar la voluntad guerrera y romper el molde diplomático, desarrolla la otra posibilidad fundamental de la política, la que modera los objetivos y adecua los fines. Aron discute polémicamente con la tesis que entiende a las armas nucleares como armas absolutas, pues pone en cuestión la separación entre fin político e instrumento militar. El pasaje de la guerra de aniquilamiento hacia la observación armada –desde la primera a la segunda especie de guerra– encuadra la disuasión.

El ascenso a los extremos en el esquema de la Destrucción Mutua Asegurada entre las superpotencias nucleares enfrentadas –los Estados Unidos y la Unión Soviética– cede el lugar a la realidad política concreta. En función de ello, Aron analiza críticamente la literatura estratégica estadounidense, puntualmente *On Escalation* de Herman Kahn (1965) y *The Strategy of Conflict* de Tomas Schelling (1964) en tanto muestran un modo de entender la estrategia basados en un razonamiento formal, despojado de contenido político e histórico concreto (incluso escoge esos autores porque les reconoce una particular calidad intelectual). Ambos ofrecen distintos escenarios de crisis y guerras nucleares posibles: armas contra recursos, armas contra ciudades, armas contra armas, primer atacante, represalia gradual, represalia masiva, etc. Para Aron la confusión reside, una vez más, entre el esquema teórico y el concepto político concreto:

El movimiento de ascenso deriva necesariamente del esquema del duelo entre dos luchadores que quieren imponerse mutuamente su voluntad. El movimiento de descenso puede resultar del control del entendimiento político sobre las pasiones, sobre la conservación de la proporcionalidad entre el objetivo y los esfuerzos, sobre la comunicación entre los duelistas,

cada cual adivinando lo que quiere el otro, luego lo que debe temer y lo que es lícito esperar (1989:133).

El pasaje del movimiento de ascenso al movimiento de descenso describe una onda en la que el duelo de voluntades es sustituido por el entendimiento político, que introduce cierta proporción entre la magnitud del esfuerzo y la calidad del objetivo. Una consideración atendida a la historicidad de la estatalización –lo que Schmitt encuadró como la historicidad del “nomos de la tierra”– muestra la fuerza estabilizadora que el marco histórico-político ejerce sobre el entendimiento político, que en Clausewitz es inteligencia del Estado personificado y decide concretamente sobre la cuestión de la proporción entre esfuerzos y fines. No es, pues, un cálculo abstracto, sino un concepto ensamblado en una situación política concreta.

La crítica de Aron a los exponentes norteamericanos de la estrategia toma como modelo la crítica de Clausewitz a la escuela estratégica de Von Bülow: es la crítica al dogmatismo, a la universalización de una particularidad, a la elevación al plano estratégico de una situación táctica (Aron, 1987:134). La verdad resulta de la reunión de las determinaciones concretas en el concepto, y ésta condición se opone críticamente al modo abstracto, entendido como el razonamiento basado en principios universales sin la investigación sobre el caso concreto:

No hay solución que combine las ventajas de las doctrinas opuestas; conviene elegir en función de la coyuntura concreta, con todos sus elementos políticos y psicológicos, no a partir de un esquema y de razonamientos abstractos (1989: 137).

El significado de *Vom Kriege* trasciende la traducción conceptual de las guerras napoleónicas, se abre como teoría política de la guerra y contiene un método de análisis cuya dialéctica interna confluye en las guerras reales. En consecuencia, el conocimiento de la historia de la guerra radica en el desentrañamiento de las relaciones entre la totalidad de la formación social y el instrumento militar:

Tomemos como punto de partida la historicidad de todas las guerras y la complejidad interna de cada guerra. Clausewitz insiste sobre uno de los factores de esta historicidad, la relación entre el ejército y el pueblo, más no ignora los otros: las armas, los inventos de la ciencia, la organización de los poderes públicos, la naturaleza de las entidades políticas, los límites y las reglas de la sociedad de Estados (1989: 139).

La vigencia de Clausewitz no es dogmática, sino teórico política y está sujeta a la investigación de la historicidad de la guerra, de su metamorfosis en función de las realidades políticas y las totalidades histórico-concretas, “sociales”.

La naturaleza de la guerra no se manifiesta como devenir caótico de la existencia. Refractario a las visiones impresionistas y a los aforismos de ocasión, Aron como lector de Clausewitz plantea un análisis de la realidad concreta de la bipolaridad atómica. En la medida que supera la apariencia y el efecto ilusorio, desentraña el núcleo político de la cosa real. La crítica de Clausewitz al dogmatismo de su época es el antecedente que Aron resignifica frente a lo que entiende como exponentes de un nuevo dogmatismo. Por cierto, puesto en su contexto, lo dogmático se interpreta como atenido a combinaciones lógicas sin consideración suficiente de materiales empíricos. En algún sentido, la crítica aroniana al dogmatismo recuerda la apreciación de Kant sobre Hume en tanto lo “despertó del sueño dogmático”, así como también al Marx de la *Crítica de la economía política*. Para Aron, la idea de la superación de la naturaleza política de las guerras por las armas atómicas reitera el dogmatismo en una nueva fase histórica. Frente a la imagen del paroxismo nuclear, juzga la utilidad de las armas atómicas como aval de la disuasión en el descenso hacia la observación armada y revela que la carrera armamentística abre una serie de modalidades posibles de guerra (1989:140). Los arsenales atómicos de las superpotencias rivales no determinan ni el apocalipsis ni la paz perpetua, sino la continuidad de la metamorfosis de las guerras y de su naturaleza política. La elucidación de *Vom Kriege* dispone una caja de herramientas teóricas para investigar la situación concreta. Esta nueva indagación de

la realidad política mundial produce una modificación conceptual y semántica en relación a la denominada “guerra fría”.

Aron distingue la paz y la guerra por la naturaleza del medio. Ni simbólica ni social, la guerra es violencia organizada y la paz es la ausencia de violencia organizada. La distinción específica de la guerra como violencia organizada fundamenta la crítica a la tesis que universaliza y extiende la violencia a las esferas social y simbólica. La extensión de un concepto de guerra de ese tipo –propio de cierta teología de la liberación y de cierta sociología de la violencia– amenaza con deformar el contorno, el contenido concreto y la consistencia comprensiva del concepto de guerra (Aron, 1976:191). En consonancia, la distinción paz / guerra por la naturaleza del medio configura una teoría para entender la rivalidad entre los Estados Unidos y la Unión Soviética como una situación política, no como una guerra (Aron,1985:631-632).Una carrera armamentística que no desemboca en una guerra es una situación novedosa de la política, pero no un vuelco de la historia:

La suspicacia sostiene la carrera armamentista; el interés común frena el ascenso a los extremos y lo encauza hacia la observación armada. Las dos decisiones, relativas a los armamentos y la disuasión, son inseparablemente políticas y estratégicas, una y otra dependen del entendimiento (1989: 179).

Las armas atómicas sitúan a los contendientes en un lugar paradójicamente moderado: ninguno de los dos es tan insensato como para desatar un holocausto común. Los fines políticos de los EE.UU. y la URSS no contemplan el suicidio común (en cambio, Hitler hubiera preferido el hundimiento mutuo). La carrera armamentística favorece la disuasión y desplaza la guerra hacia los países periféricos. La capacidad destructiva de las armas atómicas es un acicate para la razonabilidad. La política domina a la condición técnica. Las armas nucleares son un instrumento. La determinación de la influencia de las armas atómicas en la situación de rivalidad sin guerra está dominada por la comprensión política:

Ninguno de los dos Grandes contempla una victoria de aniquilación que excluya la capacidad de segundo golpe por parte del rival; la guerra de los dos Grandes, suponiendo que erróneamente se asimile a una rivalidad con una guerra, pertenece a la segunda especie (busca de conquistas limitadas a las fronteras sin decisión radical) Ahora bien, en la guerra de la segunda especie, tampoco subsiste ninguna necesidad, ni siquiera en abstracto. La Razón no impone ninguna ley. El entendimiento político-estratégico prevalece, el estoque o el florete sustituyen al espadón (Aron, 1979: 179).

Para Aron no hay tal guerra fría, sino una rivalidad política entre el Occidente liberal y el campo socialista. El modelo abstracto del duelo y el ascenso a los extremos están excluidos. La observación armada nuclear entre las superpotencias desplaza la guerra a la periferia del sistema internacional.

## Conclusiones

Como hemos visto, la evolución del pensamiento de Raymond Aron está enlazada a la profundización en el pensamiento de Clausewitz. El encuentro entre ambos alcanza su nivel plenario en *Pensar la Guerra*. Tanto en el plano de las categorías como en su integración al análisis de la política mundial, las cada vez más penetrantes lecturas de *Vom Kriege* realizadas por Aron otorgan una renovada vigencia a las tesis clausewitzianas. En considerables fragmentos de *Pensar la Guerra* se hace difícil distinguir cuando Aron habla por sí mismo y cuando habla Clausewitz: tal es la identidad y la mimesis que el autor francés alcanza con el autor alemán.

Su prosa clarificante preserva la potencia retórica de Clausewitz al tiempo que lo actualiza en una sistematización impresionante referida a la realidad política y al campo de la cultura. *Pensar la guerra* se cuenta entre los más grandes libros en la historia de la teoría política. Por cierto, en la disciplina de las Relaciones Internacionales suele considerarse a *Paz y guerra* como la palabra final de Aron en la materia. Sin embargo, parece –como hemos

tratado de demostrar— que *Pensar la guerra* alcanza un grado superior de desarrollo y configura, por lo tanto, una obra aún más importante.

La interpretación aroniana del proyecto teórico de Clausewitz restablece una teoría dialéctica, abierta y orgánica. La crítica a las interpretaciones usuales posibilitan que la vigencia de Clausewitz emerja ante todo en la “fidelidad al método, es decir, en la investigación de la historicidad de la guerra, de su metamorfosis en función de las totalidades histórico-concretas, del análisis de la situación política y de los objetivos políticos de los Estados en pugna. A propósito, en los años de la bipolaridad norteamericana-soviética, Aron nunca eludió el apoyo razonado a una de las opciones. En este sentido, la indagación sobre Clausewitz fue decisiva para configurar un pensamiento de la contradicción política a escala planetaria. Desde la caída del muro de Berlín, la intensidad de la bipolaridad fue relevada por nuevos escenarios en constante devenir y configuración. En la personalidad intelectual y política de Aron, la radicalidad del pensamiento de Clausewitz se adecua al aspecto paradójico de un liberalismo político y combativo nacido de la oposición a la tiranía soviética y la crítica al marxismo leninismo.

Por otra parte, Clausewitz y Aron descubren el velo que oculta la situación política y la totalidad histórico política, de la que emergen los modos de guerrear. Toda guerra es política porque se origina en una situación política, pone en juego contradicciones entre objetivos políticos y desemboca en un cierto tipo de paz, configurada como situación política con arreglo a objetivos políticos.

Por cierto, Clausewitz sin la interpretación de Aron hubiese seguido siendo un autor importante, pero sujeto a controversias interminables y desiguales. A partir de *Pensar la guerra, Vom Kriege* encuentra un pensamiento en paralelo que renueva la relación entre las partes y el todo en el interior del texto, y que desarrolla una hermenéutica en la que convergen los horizontes de época. De este modo, Clausewitz adquiere una renovada vigencia y Aron, una vez más, confirma su talento clásico.

## NOTAS

---

- 1 La caracterización de Aron como exponente de la gran tradición ilustrada francesa de los siglos XVIII y XIX más que como cientista social del siglo XX fue señalada por el destacado politólogo e internacionalista chileno Manfred Whilhelmy (Conversación privada: 2007).
- 2 La cuestión acerca de la autoconciencia de Aron sobre la trayectoria de su propio pensamiento pertenece a la biografía, por lo tanto, está fuera de nuestra investigación. Conviene destacar algunos indicadores como la alusión al género “filosófico-periodístico” (Aron, 1983:279), y cuando manifiesta “insatisfacción” ante el tratamiento de Clausewitz en *Paz y Guerra entre las Naciones* (Aron, 1988:4). De todos modos, la hermenéutica pertenece al lector más que al autor. Por otro lado, la ubicación temporal de las fases del pensamiento aroniano es aproximada y ha sido trazada en función de la aparición de los textos.
- 3 *La Advertencia de 1827* sostiene que existen dos especies de guerra y ambas continúan la política por otros medios. Agrega, además, que “en cuanto al libro VIII, el plan de guerra, es decir la preparación conjunta de una guerra, ya existen varios capítulos en preparación, pero éstos no pueden siquiera ser considerados como verdadero material; sólo constituyen un trabajo simple y tosco a través de la masa con el fin de reconocer, en el curso mismo del trabajo, los puntos importantes”. La *Nota Final* señala que sólo el capítulo primero del libro I debe considerarse terminado (Aron, 1989:75-6).
- 4 De modo tal que, por ejemplo, las guerras de gabinete del primer equilibrio europeo en el Siglo XVIII encontraban en el entendimiento político y la conducción militar su elemento determinante, mientras las guerras de la edad media y, en otro sentido, las guerras revolucionarias de base campesina del siglo XX se nutren del pueblo.
- 5 Hegel era el filósofo más famoso de su tiempo. Bástenos con recordar que a sus clases, en la Universidad de Berlín, concurrían unos doscientos alumnos, mientras que a las de Schopenhauer lo hacían apenas media docena.
- 6 Tabla de las categorías: 1. *De la cantidad*: Unidad, Pluralidad, Totalidad; 2. *De la cualidad*: Realidad, Negación, Limitación; 3. *De la relación*: Inherencia y subsistencia (*substantia et accidens*), Causalidad y dependencia (causa y efecto), Comunidad (acción recíproca entre agente y paciente); 4. *De la modalidad* : Posibilidad-imposibilidad, Existencia-no-existencia, Necesidad-contingencia.

## REFERENCIAS

---

- Arenal Moyúa, Celestino del, 1994, *Introducción a las Relaciones Internacionales*, Madrid: Tecnos.
- Aron, Raymond 1973 (1951), *Un siglo de guerra total*, Buenos Aires: Editorial Rioplatense.

- Aron, Raymond, 1963, *Paz y guerra entre las naciones*, Madrid: Revista de Occidente, Traducción de Luis Cuervo. (Edición original: *Paix et guerre entre les nations*, París, Calmann-Lévy, 1962).
- Aron, Raymond, 1983, *El observador comprometido*, Buenos Aires: Emecé (Edición original: *Le Spectateur engagé. Entretiens avec Jean-Louis Missika et Dominique Wolton*, París: Julliard, 1981).
- Aron, Raymond, 1985, *Memorias*, Madrid: Alianza Editorial (Edición original: *Memoires. 50 ans de reflexion politique*, París, Julliard, 1983).
- Aron, Raymond, 1989, *Pensar la guerra. Clausewitz*, Buenos Aires: Instituto de Publicaciones Navales (Edición original: *Penser le guerre. Clausewitz*, París: Gallimard, 1976).
- Clausewitz, Carl von, 1960, *De la guerra*, Buenos Aires: Mar Océano, Traducción al español de R.W. de Setaro. (Edición original en alemán de 1827).
- Hart, Basil Henry Liddell, 1933, *The Ghost of Napoleon*, London: Faber and Faber.
- Hoffmann, Stanley, 1991, *Jano y Minerva. Ensayos sobre la guerra y la paz*, Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.
- Kahn, Herman, 1965, *On Escalation: Metaphors and Scenarios*, New York: Frederick A. Praeger.
- Kant, Immanuel, 1995, *Crítica de la razón pura*, Madrid: Alfaguara.
- Lenin, Vladimir, 1979, "La Obra de Clausewitz *De la Guerra*", en Ancona (comp.), *Clausewitz en el pensamiento marxista*, México: Ed. Siglo XXI, pp.49-98.
- Schelling, Tomas, 1964 (1963), *La estrategia del conflicto*, Madrid: Tecnos.
- Schmitt, Carl, 1979, *El nomos de la tierra*, Madrid: Instituto de Estudios Políticos
- Schmitt, Carl, 1985, *El concepto de lo político*, México: Folios edición.
- Schmitt, Carl, 1995, *Escritos sobre política mundial*, Buenos Aires: Heracles.
- Spengler, Oswald, 1993, *La decadencia de Occidente*, Madrid: Planeta-Agostini.
- Weber, Max, 1997, *Economía y sociedad*, México: Fondo de Cultura Económica.